

*Los otros «años vitales»¹. Luis Bolín y la España turística (1948-1952)**

Ana Moreno Garrido

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Resumen: La secuencia ininterrumpida de ambas guerras, la española y la europea, paralizó el desarrollo turístico español más de una década. Desde 1945 y en circunstancias muy difíciles, Luis Bolín, responsable del turismo nacional, desplegó una enorme energía para hacer de España un destino de turistas norteamericanos intentando sacar adelante utópicos proyectos deportivos y de naturaleza. Sus planes no prosperaron, pero eso no resta interés al giro que intentó imprimir al turismo español. Realmente hasta 1948-1949 no empezó la recuperación y siempre vinculada a la evolución del sector en Europa. Su fracaso fue uno más de los fracasos económicos del primer franquismo y dejó al país indefenso ante el *boom* de 1959.

Palabras clave: franquismo, historia del turismo, relaciones internacionales, política turística, posguerra europea.

Abstract: The uninterrupted sequence of both wars, the Spanish (Civil War) and the European, paralyzed the development of Spanish tourism for more than a decade. In 1945, and with seriously adverse conditions, Luis Bolín, in charge of national tourism, dedicated huge efforts

¹ Expresión tomada del propio Bolín que tituló así sus memorias de la guerra civil. Luis A. BOLÍN: *España. Los años vitales*, Madrid, Espasa Calpe, 1967.

* Este artículo se inscribe en el marco del proyecto de investigación «Orígenes, consolidación y evolución del turismo en España», HAR2011-23214, Ministerio de Economía. Agradezco especialmente al profesor Rafael Vallejo sus valiosos comentarios y sugerencias.

into making Spain a destination for North American tourists by trying to carry out utopian projects focused on sport and nature based activities. His plans were not successful but his enthusiasm towards changing the direction of Spanish tourism remained the same. In fact, Spanish tourism showed no signs of recovery until 1948-1949, and always connected to the evolution of the sector in Europe. This lack of success was yet another of the economic failures of the early Franco regime and left the country defenseless when faced with the boom in 1959.

Keywords: Franco's regime, History of tourism, International Relations, Tourism Policy, post-war Europe.

Encajada entre los años más atractivos del turismo español y el *boom* de los sesenta, la primera posguerra fue el más complejo y contradictorio de los tiempos turísticos. Si, por un lado, recuperó algo del pasado; por otro, se enfrentó a sus propios retos y, en cualquier caso, ensayó modelos que de poco servirían poco después. España trataba de recomponer parte de las estructuras turísticas desaparecidas durante la guerra mientras la industria turística se desarrollaba muy rápidamente en otra dirección. El destino nacional terminó escapando del control y las decisiones de sus responsables para pasar a ser aquello que el gran negocio de los turoperadores esperaba del país.

Antes de todo eso, Luis A. Bolín (1894-1969), director general de turismo entre febrero de 1938 y el verano de 1952, diseñó un modelo turístico que, aunque poco efectivo, fue uno de los momentos más genuinos de franquismo y turismo. Recién terminada la guerra en Europa ya hablaba de preparar el país para recibir turistas. Una utopía sostenida, en parte, en una ambición personal y, en parte, en un relativo éxito en la organización de un insólito experimento «turístico» durante la guerra que, en las condiciones más extremas y contra todo pronóstico, le permitieron a él mismo y a su servicio sobrevivir en un régimen y un momento entre cuyas urgencias, desde luego, no estaba el turismo.

La política turística que trazó para España, y que tenía clara desde 1945, indica que fue uno de los pocos hombres con poder que pareció intuir que el turismo era una industria de futuro. La suya fue una lucha casi en solitario. Sus pocos apoyos los encontró, sobre todo, en el Servicio de Exteriores, donde tuvo al-

gún amigo en los embajadores Cárdenas, Martín Artajo o Lequerica, pero el resto del gobierno, con Franco a la cabeza, no pareció entender nada. Sus continuas exigencias por los temas que, inevitablemente, le salían al encuentro (fronteras, política monetaria, organismos internacionales, etc.) le convierten, casi, en un tecnócrata diez años antes que los tecnócratas. El franquista radical suavizó su discurso y, en 1948, clamaba por la eliminación de visados y burocracia, intensificó los contactos internacionales y se reunía con diplomáticos y hombres de negocios estadounidenses para conseguir que American Express se instalara en Madrid ya desde finales de los años cuarenta.

Aun siendo de los pocos hombres del turismo español, un sector donde siempre ha escaseado el liderazgo, su herencia es casi imperceptible. No quiso ver el rumbo que tomaría el turismo en la posguerra mundial, sobrestimó el turismo americano, ignoró el Mediterráneo como zona de interés prioritario y pensó que el discurso que le funcionaba dentro podría convencer al turismo internacional. Cuando dejó la Dirección General de Turismo (DGT) en el verano de 1952, España ya recibía un poco más de un millón de visitantes, había fortalecido la presencia estatal en el sector, se habían creado quince oficinas en el exterior (incluso en países como México donde no había relaciones diplomáticas) y se había incorporado a algunos organismos turísticos internacionales.

Sin embargo, el verdadero destino turístico español estaba ligado a los países de la Europa del norte que se recuperaron antes de lo que Bolín y el franquismo predijeron, el sector no necesitaba tanto una presencia estatal fuerte como la suficiente flexibilidad y visión para encarar la tormenta (de cifras y consecuencias) que se le venía encima y, definitivamente, los turistas de los años cincuenta no buscaban en España deporte, naturaleza y folclore. Aquello que se tenía que haber cuidado se desatendió, por desconocimiento o por ideología, no está muy claro. Algunos de sus errores son, no obstante, los de un hombre de su tiempo. Todas las administraciones europeas de la época sobrestimaron el potencial del turista americano, todas se esforzaron por dar la batalla de la propaganda a través de una costosa red exterior cuando, en realidad, eran los turoperadores los que vendían los destinos, y todas tuvieron que claudicar ante el arrase del turismo de masas y sus nuevos métodos. Pero España era distinta. Éste era un país con poca tradición

de turismo internacional que obstaculizó el futuro más que otros, un conservadurismo acentuado por una dictadura impermeable al cambio y eso que la potencialidad del país era inmensa. También fueron distintas las consecuencias. El no haber preparado al país para el turismo masivo a España le ha salido mucho más caro que a otras naciones de nuestro entorno.

Nada de esto resta importancia a sus años al frente del turismo español. El celo que puso en su misión y, por encima de todo, apostar por un sector residual, sospechoso e incomprensido hacen de esos años, sobre todo los que van de 1948 a 1952, los otros «años vitales», por lo menos para la industria turística, unos años ignorados en sus memorias, que, justo, terminan cuando empezó a hacerse cargo, en serio, del turismo español. Con Bolín fuera del gobierno acababa una etapa. A partir de él, ni conocemos a nuestros responsables turísticos (con la excepción de Fraga, que fue, sobre todo, un regulador) ni la política turística ha tenido un liderazgo tan claro.

España, ¿país de turismo? La hora de la reconstrucción

En junio de 1945, cuando la guerra en Europa todavía huemeaba, Bolín escribía al embajador en Estados Unidos para conocer sus impresiones sobre «la próxima iniciación del turismo extranjero en nuestro país». Se reconocía un poco prematuro pero estaba convencido de que «dentro de poco podrá empezar a concebirse la esperanza de recibir en España algo de turismo auténtico, personas que viajan por recreo o que, en el curso de viajes oficiales o de negocios, tienen tiempo para unas vacaciones», dando así por terminada una larga etapa de turismo de guerra que le había mantenido ocupado desde 1938 pero que ya no tenía sentido. En su larga carta, Bolín se mostraba convencido de que en la posguerra el turismo desempeñaría un papel fundamental como generador de divisas, porque «España no va a tener con qué pagar cosas que pronto los Estados Unidos estén dispuestos a vendernos», y de que el turismo dependería en buena medida de ellos porque, en sus viajes a Europa, no tendrían muchas más opciones al estar el continente devastado. Para ello ya se estaba entrevistando con diplomáticos estadounidenses en Madrid que le sugerían «montar una organización

allí» cuanto antes para empezar a canalizar la corriente de turistas. Reconocía, eso sí, la carestía de prácticamente todo, pero hasta para eso se sentía esperanzado, porque «se puede solucionar estableciendo una moneda turística, tema sobre el que estoy negociando con el Instituto Español de Moneda Extranjera (IEME) que no se opone enteramente»².

En realidad, ni Europa ni España estaban, en la primavera de 1945, para pensar en turismo, pero sí es cierto, y eso Bolín lo había aprendido en la primera posguerra, que el sector se recuperaría antes de lo previsto. Sin embargo, subestimó las condiciones de la posguerra española. No lo supo ver pero el problema no era tanto el racionamiento, como la política económica de Franco, basada en una autarquía e intervencionismo extremos que pondría enormes trabas a la libre circulación monetaria y aplicaría una política de cambios irreal unida a la obsesión por la seguridad y la entrada de extranjeros al país y, por supuesto, las limitaciones que imponía la propia situación internacional que castigaba a España por su actuación durante la guerra mundial. Asuntos clave e innegociables (de momento) que entraron en oposición con Bolín y sus sueños de atraer turistas.

En la primavera de 1945, mientras Bolín fantaseaba con el comienzo de un nuevo ciclo turístico, las presiones de Francia y la Unión Soviética y los acuerdos de Potsdam, aislaban a España. En 1946 la presión aumentó con el proyecto de resolución de la ONU por el que se retiraban embajadores y ministros plenipotenciarios hasta que hubiera cambios significativos en el país. Bolín, sin embargo, terminaría teniendo razón, en poco tiempo los Estados Unidos se convertirían en el aliado natural de Franco. La estrategia española, férreamente anticomunista, vino en su auxilio cuando se deshizo la amistad entre los antiguos aliados. Desde 1948, la doble actuación en Washington del *Spanish lobby* liderado por Lequerica, unida a los fuertes grupos conservadores de presión en la Administración, Parlamento y sociedad, tanto en Estados Unidos como en el Reino Unido, irían normalizando las relaciones de Franco con el mundo anglosajón, que se recompondrían definitiva-

² Carta de Luis Bolín a Juan Francisco de Cárdenas, 16 de junio de 1945, Archivo General de la Administración (en adelante, AGA), (10) 26.2.54/8894.

mente en 1953³. Tan oportuna circunstancia histórica apuntaló su teoría que, desde ese momento, se convirtió en un programa turístico basado en los turistas anglosajones, sobre todo los norteamericanos, y en tres suposiciones: suplirían con sus divisas el inexistente Plan Marshall para España, encontrarían aquí lo que no tenían en una Europa destruida por la guerra y fortalecerían las relaciones entre ambos países.

La teoría de Bolín estaba sostenida por una inercia histórica: la obsesión por el turista americano al que, desde Europa, se veía siempre en clave de millonario fascinado por el Viejo Mundo⁴. Sin embargo, los tiempos demostraron que, aunque los americanos fueron importantes en la posguerra europea y, definitivamente, gastaban mucho más en sus viajes, no fueron ellos los que reactivaron el turismo en el continente, sino los propios europeos y, por encima de todos ellos, los británicos⁵. El turismo se había recuperado extraordinariamente bien en los años veinte y algo parecido ocurrió en la segunda posguerra gracias, sobre todo, a la voluntad política. La Organización para la Cooperación Económica Europea (OECE) creada en 1948 tuvo, desde el primer momento, un importante comité de turismo dedicado a restaurar la libre circulación fronteriza, asegurar la convertibilidad y el cambio de la moneda extranjera y controlar el gasto de los turistas para ayudar a equilibrar las balanzas entre los países de la Europa occidental y Estados Unidos⁶. Un

³ Florentino PORTERO y Rosa PARDO: «España ante la configuración del nuevo orden», en *Historia de España Menéndez Pidal*, vol. XLI, Madrid, Espasa Calpe, 1996, y Florentino PORTERO: «El régimen franquista y Estados Unidos, de enemigos a aliados», en Lorenzo DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA y María Dolores ELIZALDE: *España y Estados Unidos en el siglo XX*, Madrid, CSIC, 2005, pp. 141-155.

⁴ Ana MORENO GARRIDO: «Come to Spain! America in Spanish Tourist Policy (1911-1954)», *Journal of Tourism History* (en prensa).

⁵ A propósito de la importancia de los países europeos por encima de la estadounidense en la recuperación económica española, véase Antonio MORENO JUSTE: *Franquismo y construcción europea 1951-1962: anhelo, necesidad y realidad de la aproximación a Europa*, Madrid, Tecnos, 1998, y Fernando GUIRAO: *Spain and the reconstruction of Western Europe 1945-1957. Challenge and Response*, Oxford, Macmillan, 1998.

⁶ Sasha D. PACK: «Turismo en la Europa de la postguerra: de la diplomacia esterliniana al consumismo de masas», *Revista de Historia TsT*, 24 (2013), pp. 138-166. Sobre el papel desempeñado por el turismo en la recuperación de la posguerra, véase Tony JUDT: *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid,

año después, y a instancias de la OEEC, nació la Comisión Europea de Turismo (ETC en sus siglas inglesas), formada por dieciséis organismos turísticos nacionales para monitorizar el turismo a escala continental animando la cooperación internacional y que consiguió, en relativo poco tiempo, la eliminación de visados entre los principales países de la Europa occidental.

Tan importante como los esfuerzos comunes fue el rumbo que tomó el turismo británico, convertido, habida cuenta de la parálisis alemana, en uno de los principales líderes turísticos. Un mercado que, además, era clave para España porque, desde siempre, los británicos habían mostrado mucho interés por nuestro país y porque sus estancias eran más largas que las meras excursiones de día o de dos días típicas de franceses y portugueses. La política turística británica fue dictada por sus propias necesidades económicas y tuvo mucho que ver con la necesidad de sanear la libra. Si en octubre de 1947 el gobierno de Atlee había prohibido los viajes al exterior como medida extrema para «explotar lo que quedaba de rango internacional de la libra», en la primavera de 1948 la estrategia fue la contraria y las autoridades británicas intentaron recuperar la confianza en la libra como moneda refugio forzando a los países continentales a comprar más reservas. Para eso, nueve países volvieron a estar accesibles ese verano a los turistas británicos, aunque con el límite máximo de 35 libras por adulto al año⁷. Aunque era poco dinero y España estaba en la categoría de paí-

Taurus, 2006; Rudy J. KOSHAR: *German Travel Cultures*, Oxford, Berg, 2000; Susan BARTON: *Working-Class Organizations and Popular Tourism, 1840-1970*, Manchester, Manchester University Press, 2005; John TORPEY: *The Invention of the Passport*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000; Luciano SEGRETO, Carles MANERA y Manfred POHL (eds.): *Europe at the seaside. The Economic History of Mass Tourism in the Mediterranean*, Nueva York-Oxford, Berghahn Books, 2009; James BUZARD: «Culture for Export. Tourism and Autoethnography in Postwar Britain», en Shelley BARANOWSKI y Ellen FURLOUGH (eds.): *Being Elsewhere: Tourism, Consumer Culture, and Identity in Modern Europe and North America*, Michigan, University of Michigan Press, 2001; Carlos LARRINAGA y Rafael VALLEJO: «El turismo en el desarrollo español contemporáneo», *Revista de Historia TsT*, 24 (2013), pp. 12-29; Beatriz CORREYERO: «La propaganda turística española en los años del aislamiento internacional», *Historia y Comunicación Social*, 8 (2003), pp. 47-61, y Richard BESSEL y Dirk SCHUMANN: *Life After Death: Approaches to a Cultural and Social History of Europe During the 1940s and 1950s*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

⁷ Sasha D. PACK: «Turismo en la Europa de la postguerra: de la diploma-

ses con prioridad baja (una mezcla de recelo ante el régimen y el poco peso económico del país) fue una muy buena noticia para el turismo español que Bolín aprovechó convenientemente abriendo una oficina en Londres mientras los británicos imponían sus condiciones al turismo español⁸.

Aislada y al margen de las decisiones continentales, a España le quedaban pocas opciones salvo ésa, la negociación bilateral, y así lo hizo Bolín, quien trató, personalmente desde el verano de 1948, con algunos de estos mercados emisores, sobre todo británicos, estadounidenses y suecos⁹. Unas negociaciones que revelaban la otra cara de la autarquía, esa que representaban algunos miembros del gobierno que apoyaban una cierta apertura controlada, imprescindible teniendo en cuenta el estrangulamiento del sector exterior español de finales de los cuarenta y la urgente necesidad de divisas¹⁰. A finales de 1950 la situación mejoró. En noviembre, Naciones Unidas había derogado la resolución de 1946 y algunos países restauraron relaciones diplomáticas con España. En lo turístico, el país aparecía como un destino cada vez más apetecible. Un prometedo comportamiento turístico, con un aumento de casi medio millón de visitantes entre 1949 y 1950, hizo posible que, en marzo de 1951, la ETC sugiriese a España ingresar en la Unión Internacional de Organismos Oficiales de Viajes —UIOOT—¹¹.

En octubre, Bolín fue invitado al III Congreso Interparlamentario de Turismo y a la VI Asamblea general de la UIOOT, celebradas en Atenas. Eso suponía, *de facto*, el ingreso en la Comi-

cia esterliniana al consumismo de masas», *Revista de Historia TsT*, 24 (2013), pp. 149-152.

⁸ Sasha D. PACK: *La invasión pacífica. Los turistas y la España de Franco*, Madrid, Turner, 2009.

⁹ Respecto de los británicos, la situación mejoró desde el verano de 1948 con la firma del acuerdo comercial hispano-británico y las novedades en la política turística de los laboristas; un viaje a Estocolmo el verano de 1949 consiguió ventajas en el cambio turístico entre la peseta y la corona sueca, y con los americanos 1951 fue el año definitivo. Ese año el gobierno empezó a pensar seriamente en suprimirles los visados y, en primavera, tras un viaje de su presidente y una delegación de agentes de viajes se abrió la primera oficina de American Express en Madrid.

¹⁰ Sasha D. PACK: *La invasión pacífica...*, y Fernando EGUIDAZU: *Intervención monetaria y control de cambios en España 1900-1977*, Madrid, Información Comercial Española, 1978.

¹¹ AGA, (3) 49.2.12103.

sión Europea de Turismo —ETC—. Precisamente allí se debatió y gestó la creación del Instituto Internacional de Investigaciones Científicas de Turismo, cuya primera conferencia se celebró en Nápoles en octubre de 1952. En abril, el presidente de la UIOOT había escrito a Bolín pidiendo miembros fundadores y donadores para la organización. En un primer borrador, éste contestaba diciendo que «a pesar de las diversas gestiones entre posibles miembros, no se ha podido conseguir nada positivo en el sentido deseado. Vemos que la causa principal de este fallo es el desconocimiento que existe en nuestro país de esta clase de asuntos internacionales debido al aislamiento que ha sufrido España en los anteriores años». Este último párrafo no se incluyó en la respuesta definitiva que quedó mucho más diplomática¹².

Mientras el sector se organizaba al calor del espíritu internacionalista y de concordia típicos de la posguerra, el fenómeno del turoperador avanzaba imparable, al margen de la burocracia de los gobiernos pero contando con el apoyo incondicional de las masas europeas, ansiosas por tener unas vacaciones, las primeras en años. Sus precios competitivos garantizaron su éxito y España se convirtió muy pronto en el objetivo de los primeros operadores británicos¹³. En 1951, las autoridades españolas ya mostraban una cierta preocupación por el tipo de turismo hacia el que se deslizaba el país. En sólo un año el volumen de turismo había crecido mucho pero, sobre todo, «el mal llamado turismo de camiseta y bocadillo en los bancos de la avenida que sólo pasan unas horas en San Sebastián». Desde el gobierno instaban a Bolín a que trabajase por el turismo americano, «el que pasa aquí quince o veinte días». La respuesta de Bolín no deja de sorprender. No veía mal el turismo masivo porque, aunque fuera poco, algo de dinero dejaba y «en estos tiempos en que el turismo ha dejado de ser privilegio de una selección para convertirse en necesidad de las masas, los muchos pocos no pueden despreciarse»¹⁴.

¹² AGA, (3) 49.8.34929.

¹³ Para ampliar el fenómeno del turoperador y su importancia en el desarrollo turístico de los años cincuenta, véase Roger BRAY y Vladimir RAITZ: *Flight to the sun. The Story of the Holiday Revolution*, Londres, Continuum, 2001.

¹⁴ Correspondencia entre José S. de Erice, director general de Política Exterior, y Luis Bolín, junio de 1951, AGA, (3) 49.2.12103.

Un hombre «sobradamente a la medida»¹⁵

El hombre que Franco había elegido para dirigir el turismo español era un amigo reciente al que premiaba por sus servicios antes de la guerra, pero, sobre todo, era una *rara avis* en su entorno. No sólo por ser anglófilo, bilingüe y haber vivido en el extranjero, también porque debió ser de los pocos hombres en su primer gobierno con aptitudes para el puesto. Su peculiaridad es aún mayor porque, a pesar de su perfil «cosmopolita», siempre fue fiel al régimen; el propio Serrano Súñer le propuso como jefe de Servicio Nacional de Turismo en 1938 y se jubiló, en 1963, al servicio de Franco, como consejero de información en la embajada en Estados Unidos. Durante la guerra había estado relativamente bien situado, en contacto con el exterior, la propaganda y la información y, por si hubiera alguna duda, durante los años 1938-1939 tuvo la inteligencia y habilidad necesarias de poner la palabra turismo (aunque no lo fuera) al servicio de la causa de Franco¹⁶. Pero ahí pareció acabar su beligerancia política, porque el franquista convencido pasó página inmediatamente, bastante antes que el régimen. Un falangista genuino, en el caso de que lo hubiera sido, habría diseñado un modelo turístico «fascista» de movilización popular y de fortalecimiento del mercado interno. Los varios casos que la Europa de entreguerras había ensayado podrían haber sido el modelo a imitar, pero nada de eso interesó a Bolín. Más que falangista, parece más un conservador a la española, elitista y autoritario, con un toque anglosajón de tecnócrata eficiente que trabajó con método y entrega en su

¹⁵ Carta de José Félix de Lequerica al ministro de Asuntos Exteriores, citado por Luis Bolín en «Informe sobre las salidas al extranjero del director de turismo. Razones que las justifican», 19 de julio de 1950, AGA, (3) 49.2.12105.

¹⁶ Fue director de la oficina de prensa del Cuartel General del Generalísimo que controlaba las actividades de los periodistas extranjeros en España y el servicio a través del cual la autoridad militar transmitía noticias al organismo civil de prensa y propaganda. Ése fue el cargo más polémico de Bolín, sobre todo por el tono intimidatorio con que trataba a los periodistas o el célebre episodio con el escritor Arthur Koestler en Málaga. Después, desde febrero de 1938, y como director del Servicio Nacional de Turismo, organizó las famosas rutas de guerra. Para ampliar esta cuestión, consultar Sandie HOLGUÍN: «National Spain Invites You: Battlefield Tourism during the Spanish Civil War», *The American Historical Review*, vol. 110, 5 (2005), pp. 1399-1426.

nuevo puesto con planteamientos casi neoliberales convencido de que el turismo era una industria con un impresionante futuro.

Bolín era un hombre de pluma rápida y fácil. Generó muchísima documentación y publicó en 1967, dos años antes de su muerte, unas memorias más conocidas por el relato, en primera persona, del alquiler del *Dragon Rapide* y los días previos al alzamiento de julio de 1936, donde se leen, entre líneas, algunos detalles interesantes de su vida profesional¹⁷. El orgullo indisimulado que le producía poder manejarse con soltura en el exterior (algo muy poco común entre los españoles) o haber conseguido, siendo muy joven, ser el primer agregado de prensa de una embajada española, la de Londres, y miembro de la sección de información de la secretaría de la Sociedad de Naciones le daban una indudable ventaja comparativa¹⁸. Pero más útil que todo eso le fue su experiencia turística en el Patronato Nacional de Turismo entre 1928 y 1931, donde fue delegado de la región sur, que englobaba Andalucía, Canarias y el Protectorado.

En apenas tres años conoció de primera mano una administración turística eficiente y vio nacer el turismo moderno en España: instalación de oficinas de turismo, generosos presupuestos para propaganda, mejoras de las infraestructuras, atención a la industria hotelera, creación de archivos y servicios especiales de estadísticas e intérpretes... el Bolín de la posguerra mantuvo lo que pudo, y hasta donde pudo, un modelo organizativo que, muy modestamente, reproducía esos servicios. Sus ambiciones por recuperar el pulso perdido y el alto nivel que quería para el turismo español no se entienden sin admitir que, definitivamente, había vivido tiempos mejores¹⁹. Finalizada su etapa en la DGT, siguió de cerca el sector. En 1954, ya consejero en Washington, escribió un exhaustivo informe sobre turismo norteamericano para el ministro de Información y Turismo y siguió siendo el representante español en la ETC.

¹⁷ Luis A. BOLÍN: *España...*

¹⁸ Luis A. BOLÍN: «Informe sobre las salidas al extranjero del director de turismo. Razones que las justifican», 19 de julio de 1950, AGA, (3) 49.2.12105.

¹⁹ Ana MORENO GARRIDO: «La estrategia atlántica. Elites económicas e intereses turísticos en la España de Primo de Rivera», *Historia Contemporánea*, UPV, 2010, pp. 481-507.

Tras dejar la embajada, trabajó como consultor independiente de turismo para el Banco Mundial y Naciones Unidas²⁰.

«Las dificultades vistas desde dentro»²¹

Sin embargo, ni su experiencia, ni sus ganas pudieron convencer al franquismo de los cambios que tendrían que introducirse para empezar a recibir turistas. Su impaciencia en 1948 era, casi, desesperación. Los relativos éxitos de los tiempos más difíciles le habían dado esperanzas y un cierto crédito, pero lo cierto es que la política nacional se le había impuesto como una losa. Hasta 1948 el desarrollo turístico español fue una pura utopía que, a duras penas, le había permitido continuar con las rutas nacionales, la versión «civil» y más adaptada a los nuevos tiempos de sus viejas rutas de guerras. En 1947 se habían realizado 214 expediciones y movilizado a 5.713 viajeros con una recaudación total de 1.491.729 pesetas de las cuales el beneficio fue de 272.201 pesetas²². Entre mayo de 1947 y marzo de 1948, las publicaciones de la DGT se limitaron a nueve folletos, un desplegable de rutas de España, dos carteles de Santiago (mural y de mano) y trece trípticos de ciudades españolas en dos idiomas, salvo Santiago y Palma que se hicieron en tres²³. En 1948, el presupuesto anual de propaganda turística fue de 1.250.000 pesetas, «bastante menos de lo que dedica una bodega jerezana en anunciar sus productos»²⁴.

Las preocupaciones de Bolín estaban justificadas. Las condiciones del país eran pésimas: malas carreteras, falta de hoteles, un ferrocarril destrozado, una población hambrienta, un presupuesto turístico mísero..., pero el problema era más serio. La brecha entre España y el resto de las naciones turísticas europeas se ensanchó notablemente en la posguerra. Bolín sabía que las atenciones a

²⁰ Luis A. BOLÍN: «Perspectivas de turismo norteamericano en España durante el año 1954. Informe remitido al Ministro de Información y turismo», AGA, (10) 26.2.54/8894.

²¹ Título que dio el mismo Bolín a un informe sobre el turismo en España escrito el 2 de julio de 1948, AGA, (3) 49.2.12105.

²² AGA, (3) 49.2.16086.

²³ AGA, (3) 49.2.12107.

²⁴ AGA, (3) 49.2.12105.

los viajeros eran mucho peores aquí que en el resto de Europa y los precios, en muchos casos, incomprensiblemente más caros. La picaresca seguía a la orden del día y en los buenos hoteles (incluso los que dependían de él) el incumplimiento de las normas era costumbre. Aún más grave era la negativa gubernamental a tomarse en serio el turismo o, al menos, entender las condiciones básicas de la industria turística. A partir de 1948 las cosas mejorarían y terminaría consiguiendo algunos de sus objetivos (red de oficinas internacionales, una mínima inversión en turismo, la implicación del INI en el sector...), pero nunca pudo conseguir, a tiempo, algunos requisitos imprescindibles que lastraban y aletargaron el desarrollo turístico español: la seguridad y la política monetaria.

A la altura de 1948 el visado era un verdadero problema. Para ese año, muchos países lo habían abolido o, al menos, simplificado. En España era el más complejo de la Europa occidental: sólo era válido para un viaje, era caro y tardaba en tramitarse entre uno y dos días. Atravesar la frontera era, casi, una misión imposible: controles de una «minuciosidad desproporcionada», garantías bancarias de hasta 1.200 pesetas por autocar y prohibición de automóviles no ocupados o más de un automóvil matriculado al mismo nombre. Los turistas que no llegasen con su automóvil (sobre todo, los americanos) tenían que demostrar que habían entrado a España por alguno de los dos aeropuertos internacionales y debían ir personalmente a recoger el coche al puerto correspondiente donde les esperaban sus automóviles que no podían entrar en depósitos francos o muelles²⁵.

Aunque la seguridad era una máxima política, él lo veía simplemente como burocracia inútil que, además de ser caótica porque apenas había personal para tanto control, echaba para atrás a unos europeos que empezaban a superarla. Bolín se desesperaba. No entendía el porqué las divisas se apuntaban en los pasaportes, que eran un documento oficial; los trámites policiales repetitivos, o que a un turista se le exigiera, como mínimo, dar el nombre de dos residentes dispuestos a garantizarlos; como tampoco entendía, una vez en la frontera, las horas de colas para retirar los bonos de gasolina o la utilidad del tríptico, que seguía vigente en el año 1950

²⁵ AGA, (3) 49.2. 12103.

y que, en sus propias palabras, se saltaban unos y otros. ¿No sería mejor que en los consulados tuvieran un *stock* de bonos y se los dieran a los turistas con el resto de la documentación o ampliar puntos de venta a hoteles u otros bancos?, ¿por qué no hacer como los franceses que podían comprar gasolina en cualquier surtidor pagándola a su precio en francos?, ¿no se daba cuenta el gobierno de que en el mercado negro era mucho más barata y que en Barcelona se vendía sin cupones en todos los surtidores? Y puestos a cuestionar: ¿para qué servían los visados? Para nada pero costaban millones de divisas al año, además de señalarnos como la única nación europea que se lo exigía a los americanos. Sugirió la implantación del *carnet de passage*, que, cuando llegó en 1948, lo hizo con condiciones tan draconianas que lo hacían inútil; sugirió los *travellers cheques* o que se modificase el cambio oficial para luchar contra el mercado negro, pero casi nunca el gobierno escuchó sus recomendaciones²⁶.

Y si la seguridad en la frontera era un problema casi más lo era la política monetaria, igualmente burocrática y contradictoria²⁷. La sobrevaloración de la peseta fue un desastre a efectos turísticos. Aunque desde el verano de 1946 el turismo tenía un cambio preferente para algunas monedas extranjeras, como dólares norteamericanos, libras, francos suizos, escudos y pesos argentinos, no era suficiente para atraer turistas. Durante toda esta época, el gobierno se negó a devaluarla (aunque sí fue ajustando levemente el cambio turístico) y optó por apoyarse en las agencias de viajes para que hiciesen de intermediarias entre los turistas y los servicios turísticos y,

²⁶ Luis A. BOLÍN: «Nota de la DGT sobre deficiencias observadas en el sistema actualmente en vigor para el suministro de gasolina a los extranjeros que visitan España en automóvil de 26 de septiembre de 1951», AGA, (3) 49.2.12103, e íd.: «Perspectivas para el desarrollo del turismo en España», AGA, (3) 49.2.12105.

²⁷ Entre 1941 y 1949 la peseta cotizaba a 10,95 pesetas por dólar, cotización que aumentó a 38,95 entre 1950 y 1956. La sobrevaloración de la peseta provocó un extensísimo mercado negro de divisas y explica el bajísimo crecimiento económico español de la época. En diciembre de 1948, aunque ensayado desde 1946, se estableció el cambio múltiple para intentar encubrir la devaluación. Jordi CATALÁN: «La reconstrucción franquista y la experiencia de la Europa occidental, 1934-1959», en Carlos BARCIELA (ed.): *Autarquía y mercado negro. El fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*, Barcelona, Crítica, 2003, y Fernando EGUIDAZU: *Intervención monetaria y control de cambios en España 1900-1977*, Madrid, Información Comercial Española, 1978.

así, intentar contener el mercado negro²⁸. El panorama, además, se complicaba con la obligación de un cambio mínimo de divisas, otro inconveniente que no se eliminó hasta mayo de 1949.

Tales medidas sólo lograron inhibir turistas, al ser España muy cara para lo que ofrecía y generar un extensísimo mercado negro que, por un lado, impedía que se ingresase todo lo que se podía haber ingresado y, por otro, creó una incómoda fama que perjudicaba la imagen exterior del país. Bolín lo denunció en numerosas ocasiones alarmado por «la pasividad completa ante tanta defraudación» y por «la falta de facilidades suficientes para realizar las operaciones de cambio»²⁹. En el fondo, los grandes perjudicados eran los viajes organizados, porque los turistas que pagaban un precio, cuando llegaban a España descubrían que lo podían haber conseguido por la mitad en el mercado negro. El caos regulatorio, las normas que se incumplían y la percepción de que había una España oficiosa por debajo de la España oficial probablemente influyeron en la forma en la que, en muy poco tiempo, los turoperadores empezaban a introducirse en el país.

La nueva España turística

A pesar de las dificultades, Bolín trabajaba en su España turística. Sus proyectos supusieron un cambio radical con los años de entreguerras. Concentrado en dos nuevos objetivos: el turista americano y el turismo de deporte y naturaleza, el viejo discurso de la España monumental que había justificado la propaganda nacional desde principios de siglo pasaba a un segundo plano. El mundo había cambiado y ahora había que vender otra cosa, porque «en nuestros tiempos la arqueología y el arte puro no son los estímulos más poderosos que impulsarán a los viajes»³⁰, y aunque el PNT, tanto monárquico como republicano, había reparado en la importancia creciente del deporte, éste nunca había sido prioritario.

Por deporte Bolín pensaba, sobre todo, en pesca y caza, aficiones favoritas de las elites (franquistas e internacionales) pero también en

²⁸ Sasha D. PACK: *La invasión pacífica...*

²⁹ AGA, (3) 49.2.12105.

³⁰ AGA, (10) 26.2.54/8894.

otros más cosmopolitas como el golf y los náuticos, predilectos de los turistas norteamericanos³¹. Reconstruyó como pudo algunos campos de golf y en 1950 consiguió, por fin, que la red de ríos salmoneros y trucheros pasaran a depender de la DGT como Cotos Nacionales de Pesca Fluvial. Era importante porque se trataba de una afición que movía mucho dinero fuera de España y aquí había una enorme potencialidad en los ríos salmoneros del Miño al Bidasoa, muy interesantes en sus planes porque algunos estaban en Galicia, donde «la DGT está tratando de organizar la atracción de ingleses»³². Para un mayor aprovechamiento de los trucheros (Tera, Esla, Ara y Lozoya) creó los respectivos establecimientos estatales en Puebla de Sanabria, Riaño, Ordesa y El Paular. Como complemento, y descartados el arte y la historia, pensó en otro tipo de atractivos, como las fiestas populares, artesanías y bailes, que eran fáciles de promocionar y, sobre todo, baratos de mantener. En este catálogo de intereses, sin embargo, no incluyó los toros, un espectáculo que consideró poco vendible para el turismo internacional³³.

³¹ En la mencionada carta de 1945, Bolín se lo explicaba al embajador: «tengo a mi cargo seis ríos salmoneros y uno de truchas, dos cotos nacionales y un campo de golf en Málaga y otros en buenas condiciones. He dado impulso al deporte náutico: quinientos balandros *Snipe*, muy apreciados en los Estados Unidos, aparte de otros balandros mayores y de tipo crucero en los diversos clubs náuticos». Carta de Luis Bolín a Juan Francisco de Cárdenas, 16 de junio de 1945, AGA, (10) 26.2.54/8894.

³² AGA, (3) 49.2.12105. En 1945, Bolín prologó un enorme y lujoso volumen editado por la DGT, *El salmón y su pesca en España*, que era una reedición ampliada de otro de 1930 basado en un texto del marqués de Marzales, el mayor experto español en el salmón. Esta reedición venía avalada por la reciente aprobación de la Ley de Pesca Fluvial de 1942 y pretendía «trabajar por el incremento de una rizeja que tiene aspectos turísticos de gran importancia».

³³ En 1947, la embajada de España en Estados Unidos suministró a Bolín un informe sobre las preferencias de los turistas norteamericanos, que Bolín convirtió, casi, en una hoja de ruta. Entre otras cosas señalaba la importancia del tipismo y la cultura popular porque «they are going there to see things they cannot see in their own country [...] Propaganda must present such attractive features of the country as do not exist in America; as example of the wrong type of propaganda is a scene in Madrid, the Gran Vía with the Telefonica in the background [...] The importance of hotels is very significant at the present moment. Only the neutral countries were able to keep up and improve their hotel industry during the war. Spain is in a privileged position [...] The favourable exchange must be mentioned». Germán BARAIBAR: «Informe del encargado de negocios de la embajada a una persona familiarizada con los asuntos de turismo en Europa», 1947, AGA, (10) 26.2.54/8894.

Otra de las claves era la fuerte presencia estatal, muy reforzada en plena economía nacional-corporativista. El Estado tendió a llenarlo todo³⁴. La urgencia inmediata era el alojamiento, el eterno problema, que solucionó fortaleciendo la cadena estatal de establecimientos turísticos. Tanto y con tanta convicción que probablemente sea él el verdadero ideólogo de Paradores y Fraga, un simple heredero. Fueron unos años determinantes para el futuro de la cadena que el gobierno republicano pocos años antes había intentado vender. Bolín se encontró con una red de dieciséis establecimientos (la mayoría muy pequeños y algunos con servicio únicamente de restauración) en pésimo estado y la convirtió en uno de los activos del nuevo turismo nacional. Desconfiando siempre de la hotelería privada, apostó por lo estatal porque era más fácil de controlar y podía garantizar el nivel que exigiría el turismo internacional. Destinó parte de su escaso presupuesto a reconstruir los dañados en la guerra y proyectó nuevos que, además reforzaban sus planes sobre el terreno: cotos de caza y pesca, Canarias y algunos santuarios³⁵. En 1945 soñaba ya con una cadena de sesenta establecimientos³⁶.

Mientras apostaba por los hoteles estatales ignoró un asunto que tendría consecuencias a muy largo plazo. Si en 1939, y en un momento muy duro, se habían creado topes para los precios de los hoteles, no supo ver el efecto que esto tendría en la hotelería española. El Sindicato Nacional de Hostelería (que dependía de él) protestó repetidas veces, pero la respuesta oficial fue contundente porque por encima de ellos estaban los intereses nacionales «que nunca puede perder de vista la capacidad adquisitiva del pueblo español»³⁷. Un gravísimo error que, paradójicamente, en-

³⁴ Para ampliar cuestiones de política turística y la DGT, véase Beatriz CORREYERO: *El turismo como propaganda de Estado. España (1936-1951)*, tesis doctoral, Universidad Complutense, 2002.

³⁵ Para ampliar esta cuestión, véase Ana MORENO GARRIDO y Carmelo PELLEJERO: «La red de establecimientos turísticos del Estado (1928-1977), ¿necesidad hotelera o política turística?», *Revista de Historia Industrial* (en prensa).

³⁶ «La hotelería ha mejorado mucho merced a la protección que le hemos dado. Ya hay diecinueve paradores y abriré tres este año y diez en periodo de construcción. Esta red una vez terminada comprenderá sesenta establecimientos por toda España». Carta de Luis Bolín a Juan Francisco de Cárdenas, 16 de junio de 1945, AGA, (10) 26.2.54/8894.

³⁷ AGA, (3) 49.2.12104.

traba en contradicción con una de sus líneas maestras que era captar turismo internacional. Pensando en ellos no tenía mucho sentido condenar la hotelería y rebajar sus estándares, pero esa batalla, como todas las que tenían que ver con la política económica nacional, la perdió.

Más éxito tuvo su visión del turismo por carretera. Si el automóvil había sido una de las grandes revoluciones del turismo de entreguerras, mucho más lo sería en los años cuarenta. En esto, como en todo, las dificultades eran máximas porque apenas había coches, la gasolina estaba restringida y los recambios eran imposibles de conseguir, pero el panorama ferroviario era mucho peor. Los destrozos de la guerra y nuestro ancho de vía distinto alargarían mucho la recuperación del ferrocarril. Una vez más, y ante las dificultades de la empresa privada, Bolín apostó por lo estatal. La implicación del INI a través de ATESA (Autotransporte Turístico Estatal, S. A.) en noviembre de 1949, y tras mucho insistir, llenaba un vacío que «que sólo podía cubrirse por el esfuerzo decidido de una gran empresa dotada de medios suficientes»³⁸. ATESA se especializó en rutas por carretera en autocares pero ofertaba alquiler de coches de turismo, con o sin conductor, pensando en los turistas que llegaban en tren, barco o ferrocarril³⁹.

En su España turística, también cambiaron las prioridades geográficas. Rompió con una larga tradición donde había destacado el Cantábrico, las ciudades artísticas y, desde los años veinte, el Mediterráneo, para ocuparse de otras zonas hasta ese momento muy secundarias en el mapa turístico nacional. Es cierto que las rutas nacionales de turismo mantenían la tradición de los itinerarios monumentales, pero el interés de Bolín estaba en otro sitio. En 1945 ya planeaba unas Canarias «muy bien preparadas para recibir tu-

³⁸ AGA, (3) 49.2.12107.

³⁹ ATESA se constituyó el 2 de noviembre de 1949 con un capital social de cincuenta millones de pesetas, pero no empezó a prestar servicios hasta la primavera de 1951, incluso ese año fue casi «de ensayo» puesto que la llegada de material se intensificó durante el verano. En otoño contaba ya con la totalidad del parque móvil contratado en Alemania y Estados Unidos: 29 autocares y 20 coches que le permitieron poner en marcha tres circuitos nacionales de forma regular. Carmelo PELLEJERO: *El Instituto Nacional de Industria en el sector turístico: ATESA (1949-1981) y ENTURSA (1963-1986)*, Málaga, Universidad de Málaga, 2000.

rismo internacional»⁴⁰, donde proyectó tres paradores desde 1946, que no se inaugurarán hasta 1951 (Tenerife, Las Palmas y Lanzarote), y los primeros parques nacionales de la posguerra, el del Teide y la Caldera de Taburiente en La Palma⁴¹. La clara apuesta por estas islas de naturaleza semitropical, únicas en Europa y estratégicas en la llegada de cruceros, fue una revelación. Canarias había sido una conocida estación de invierno de británicos y alemanes, pero ahora Bolín estaba pensando en otra cosa mucho más novedosa: la explotación turística de su naturaleza. Un modelo muy americano que, con el tiempo, tendría un gran éxito⁴². Por Galicia también apostó, pensando, sobre todo, en el turismo británico que podría llegar en barco, para la pesca en sus ríos trucheros y salmoneiros. En ambas regiones la estrategia era la misma. Se podía llegar en barco (evitando la frontera con Francia) y los atractivos estaban relativamente cerca de las costas, lo que facilitaba mucho el desarrollo turístico al evitar la inconveniencia de atravesar un interior con pocas y malas carreteras.

La cuestión del turismo religioso fue, sin embargo y a pesar de lo que pudiera parecer, bastante secundaria. En el interior del país y para el mínimo flujo doméstico podría funcionar pero Bolín sabía que el gran turismo internacional, sobre todo el anglosajón, no iba de peregrinación. En el mercado nacional le prestó una cierta atención, probablemente para contentar a la elite del régimen, incluido el propio Franco, para quien inauguró, en 1944, el parador de Santa María de la Cabeza, adosado al santuario del mismo nombre en Andújar, pero que fue más simbólico que otra cosa, ya que apenas tuvo dieciocho plazas y nula proyección turística. Distinto fue el año santo de Roma de 1950. Ahí, el siempre perspicaz Bolín sí vio opciones de turismo internacional. Pensando en España como una primera parada en las peregrinaciones americanas (hispanoamericanas, sobre todo) hizo algunas gestiones entre grupos organi-

⁴⁰ Carta de Luis Bolín a Juan Francisco de Cárdenas, 16 de junio de 1945, AGA, (10) 26.2.54/8894.

⁴¹ AGA, (3) 49.2.12105.

⁴² El interés por el turismo de naturaleza lo mantuvo toda su vida. En 1960, Bolín publicó un libro sobre los parques nacionales estadounidenses porque «enceraban algunos de los escenarios naturales más majestuosos del mundo y cuya organización y aprovechamiento no había sido superado por ningún otro país». Luis A. BOLÍN: *Parques nacionales norteamericanos*, Madrid, Editora Nacional, 1960.

zados mexicanos o católicos en Estados Unidos para conseguir ese ansiado alto en el camino. Un año después, en 1951, cuando una peregrinación francesa vino a España para conmemorar el milenario del primer peregrino francés a Compostela (951), Bolín empezó a pensar en la posibilidad de reconvertir el viejo hospital de Santiago en un hotel de peregrinos del siglo XX⁴³.

Bolín, un embajador oficioso

Si había algo que entusiasmase a Bolín era el extranjero. A su pasión se unía que el mercado doméstico tardaría décadas en recuperarse y que, además, la única manera de hacer sobrevivir su dirección general era consiguiendo las necesarias divisas internacionales. Por eso buena parte de sus energías a partir de 1948 fueron dirigidas a la proyección exterior. Bolín estaba convencido de que los destinos había que venderlos y publicitarlos y que un eslabón fundamental en la cadena de propaganda eran las oficinas de información en el extranjero. Las oficinas habían sido importantes en el turismo de entreguerras y todavía lo eran. La multiplicación de las grandes empresas de organización de viajes, tanto clásicas como los nuevos y agresivos turoperadores, hacía necesaria esta especie de «embajadas comerciales» que ya no sólo informaban, también hacían contactos empresariales y firmaban acuerdos. España había tenido una efímera y frustrante experiencia anterior. El PNT había llegado a crear en 1929 nueve oficinas en el exterior, pero sólo dos (París y Gibraltar) sobrevivieron durante la República.

El verano de 1948 sus sueños de expansión internacional empezaron a concretarse⁴⁴. En 1946, en «un momento sumamente favo-

⁴³ «Memoria sobre la constitución por el INI de una Empresa Nacional para completar la Red de Paradores del Estado y desarrollar el Plan Nacional de Turismo», SEPI (Sociedad Estatal de Participaciones Industriales), caja 57, expediente 472.

⁴⁴ Hay, sin embargo, un curioso antecedente: el 30 de abril de 1940, Bolín autorizó a través del cónsul en Gibraltar el alquiler de un piso en el número 12 de College Lane para establecer las oficinas de turismo español en la ciudad. El verano de 1946 esa representación se mudó a otro local más grande. El caso gibraltareño es interesante porque ya el PNT había tenido una oficina allí desde 1929, en el 63-65 de Main Street, que sobrevivió durante la República (cerraron prácti-

rable para llevar a la realidad este proyecto», había montado la primera en el único lugar posible, Buenos Aires, el principal aliado de Franco que, además, era un mercado potencialmente interesante: tenía una fuerte clase media que podría querer venir a España⁴⁵. Sólo un año después, en noviembre de 1947, abrió la de Nueva York, en el 500 de la Quinta Avenida, y empezó a pensar en Londres y París tras conseguir que el IEME le autorizase una pequeña cantidad para un alquiler y una mínima campaña de propaganda en Londres⁴⁶. En París intentó renegociar, sin éxito, el viejo local que tuvo el PNT, pero llegó a un acuerdo con un pequeño banco español que le cedió sus bajos.

Por fin, en el verano de 1948, «por indicación del Ministerio de Exteriores», viajó a ambas capitales. Las relaciones con Gran Bretaña empezaban a normalizarse tras el acuerdo comercial de ese verano (Anglo-Spanish Trade Agreement) que supondría cuarenta millones de libras y haría de España uno de los países europeos susceptibles de ser visitados por los británicos, que ya habían empezado a llegar en grupos organizados desde el verano de 1947. Aunque empezaba a contar con el apoyo del gobierno, Bolín siempre iba más rápido que la realidad. En enero de 1949, viajó a Suiza (se abriría oficina en Zúrich en 1950) y en el verano de ese año hizo un viaje intensivo por Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Suecia del que saldrían, en otoño, las oficinas de Bruselas y Estocolmo⁴⁷. En Suecia consiguió un cambio más ventajoso para los turistas suecos que viniesen aquí (cien pesetas por veinte coronas) e invitó a un grupo de agentes de viajes suecos y daneses que estuvieron quince días recorriendo el país. Poco después, en la primavera de 1950, se establecía el primer servicio aéreo regular entre Estocolmo y Madrid de Scandinavian Airlines⁴⁸.

Recién llegado del norte de Europa, ese mismo otoño emprendió el viaje que juzgaba imprescindible para el turismo español:

camente todas excepto ésta y París), pero que se liquidó cuando estalló la guerra. AGA, (3) 49.22.62931.

⁴⁵ Firma del Convenio Comercial y de Pagos entre Argentina y España de 1946 y AGA, (3) 49.22.62931.

⁴⁶ AGA, (3) 49.22.62896.

⁴⁷ AGA, (3) 49.22.62912.

⁴⁸ AGA, (3) 49.22.62907.

América. El viaje fue acordado con ambos Ministerios —Asuntos Exteriores e Industria y Comercio— y duró más de tres meses. El objetivo era abrir oficinas en Estados Unidos, donde sólo funcionaba aquella modesta de Nueva York que habría que ampliar, pero también pensar en la América española: México y Cuba. Junto con Argentina eran los países con más posibilidades porque contaban con clases medias y elites culturales para las que el viaje a España tenía mucho sentido. De Londres viajó a Nueva York, de allí a Chicago y San Francisco y luego México y La Habana, desde la que volvió a España en la primavera de 1950, vía Nueva York⁴⁹. De ese viaje Bolín volvió con contactos importantes, alquileres de locales en las cinco ciudades previstas (la oficina de Nueva York cambió a un local mucho mejor en el 485 de la Avenida Madison) y la sensación de haber tenido «un éxito completo»⁵⁰.

En muy poco tiempo, escasos cuatro años, había montado quince oficinas en el extranjero, ya que en 1950 se instalaron, también, las de Roma, Lisboa y Tánger, todo un triunfo que, sin embargo, tenía algo de espejismo. Aunque el gobierno le autorizó a emprender su gran aventura exterior, no le dio la suficiente financiación, que seguía siendo un problema. Bolín recurrió a todo tipo de trucos y picaresca para tener sus oficinas. Desde montarlas en los bajos de un banco español en París, hasta pedir prestado por un año un local propiedad del cónsul en Roma (había que estar en el año santo de 1950) o en un espacio que les cedió la propia embajada en Lisboa. Algunas se instalaron en pisos porque no se podían alquilar locales a pie de calle, otras compartiendo gastos con RENFE y, casi todas, tardaron varios meses en estar en marcha. El mobiliario y los materiales se enviaban desde España para que fueran más baratos y los arquitectos (y sus honorarios) también eran españoles. Sólo se hizo alguna excepción en México y La Habana, con mejores locales y más personal (cuatro personas en vez de tres) porque «es preciso mantener en alto lugar el prestigio de España»⁵¹. México, además, tenía una especial importancia al ser un país abiertamente hostil a Franco y sin representación diplomática.

⁴⁹ AGA, (3) 49.22.62901.

⁵⁰ *Ibid.*

⁵¹ *Ibid.*

El esfuerzo fue enorme para una España pobre, aislada y con poco interés por el turismo, pero poco práctico. Las oficinas estaban montadas pero no había dinero para propaganda, «ni un solo céntimo para Europa y sólo una cantidad relativamente insignificante para Estados Unidos en 1950 paralizada en 1951», llegó a decir Bolín de forma confidencial⁵². Entre 1949 y 1950, el número de visitantes aumentó en casi medio millón, pero no fue por la campaña exterior, que, además de muy escasa en dinero, era bastante desafortunada, con escaparates con muñecas vestidas con trajes regionales, alfombras de esparto y espadas toledanas. La clave de la llegada de turistas estuvo en la reapertura de la frontera con Francia a principios de 1948, la progresiva relajación de los controles y los cambios en el mercado británico. Del 1.190.564 visitantes que llegó a España en 1951, 465.629 fueron franceses, 150.154 ingleses y 149.711 portugueses. Mientras, el turismo americano (tanto de la América del norte como la española) siempre fue muy inferior. Y si hablamos de las motivaciones, de poco sirvieron las teorías de Bolín. Los británicos que empezaron a venir a España no estaban pensando en los ríos salmoneros de Galicia. En la primavera de 1949 la oficina de Londres dio 2.956 informaciones, en la de 1950, 8.775. Sin duda estaban muy interesados en el país pero la mayoría, hasta un 60 por 100, preguntaban por la Costa Brava, San Sebastián y Mallorca, en ese orden⁵³. El mundo (exterior, al menos) había cambiado y Bolín no se había dado cuenta.

Conclusión. El final de una etapa

Bolín dejó la dirección del turismo español en el verano de 1952. En 1953 se aprobaba el Plan Nacional de Turismo, el primer documento que proponía un plan integral para el sector, lo que parecía revalidar sus años de duro trabajo⁵⁴, mientras, él, re-

⁵² Correspondencia entre José S. de Erice, director general de Política Exterior, y Luis Bolín, junio de 1951, AGA, (3) 49.2.12103.

⁵³ AGA, (3) 49.22.62895 y 62896.

⁵⁴ Dicho plan fue precedido del estudio para un Plan Nacional de Turismo de 1952 elaborado por la Secretaría General para la Ordenación Económico-Social, dependiente de Presidencia de Gobierno, y fue «la primera reflexión elaborada por la propia Administración sobre el turismo en España». María VELASCO: *La política*

cién llegado a la embajada en Estados Unidos, se enfrentaba a otro reto muy distinto, el 26 de septiembre, se firmaban los convenios defensivos y de ayuda económica entre Estados Unidos y España que exigirían una intensa campaña de imagen y comunicación entre los nuevos aliados. En ese momento, el balance era bueno. El trienio 1950-1952 había supuesto un cambio de rumbo en la evolución económica española y el turismo se había comportado muy bien, mejor de lo esperado, superando la barrera psicológica del millón de visitantes, pero, sobre todo, confirmaba el éxito de quien había hecho verdaderos malabarismos para equilibrar el discurso franquista y el nuevo turismo de la posguerra, captando el interés de algunas multinacionales e incorporando a España a organismos internacionales. De hecho, de sus largos casi quince años, la mayor parte de ellos estuvo inmersa en una formidable paradoja entre la atracción de turistas y la política de un régimen que, en el fondo, negaba toda iniciativa turística.

Sin embargo, muy poco después, Bolín era pura historia. Las playas mediterráneas y el turismo europeo de clases medias coparon todo el mercado y de su España turística apenas quedó nada. En realidad sólo le sobrevivió lo malo: la fuerte presencia estatal en el sector, que lo hacía burocrático y poco flexible; la nula capitalización del mismo; los problemas crónicos, hoteleros y viarios, sin resolver, y unos años perdidos en la ordenación territorial y la planificación a largo plazo. En su descarga habría que decir que si sus fracasos fueron los fracasos económicos del primer franquismo, sus éxitos fueron exclusivamente suyos. Bolín deja otras reflexiones a los historiadores: reparar en las singularidades de los que, aun siendo fieles, formaron parte del primer franquismo, haber liderado otras negociaciones, poco estudiadas, en las relaciones entre España y los Estados Unidos de los primeros años cincuenta y haber escrito el último capítulo de un ciclo histórico del turismo español que terminó en 1959, cuando ya no había que luchar por convertir a España en turística, sino aprender a ser una nación que, temporada tras temporada, recibiría millones de turistas.

turística. Gobierno y administración turística en España (1952-2004), Valencia, Tirant lo Blanch, 2004.